Humanitas · No 33, verano 2004, pp 110 - 119

«En ninguna parte se desplegaron de mejor manera la vitalidad y fecundidad de la cultura barroca que en México y Sudamérica, donde hubo un rico florecimiento de tipos regionales de arte y arquitectura, algunos de ellos dotados de considerable influjo nativo indígena. Esta capacidad de la cultura barroca de asimilar influencias ajenas es uno de sus rasgos característicos y la distingue marcadamente de la cultura y el estilo artístico del área angloamericana». (Santísima Trinidad y Sagrada Familia. Escuela Cuzqueña)

CONCILIO DE TRENTO
↓
Renovación Religiosa → ideales espirituales, normas teológicos y administración eclesiástica del catolicismo moderno

La renovación católica y la cultura barroca

POR CHRISTOPHER DAWSON

Segundo 1/2 del s. XVI fin de la Reforma quedando 100% dividido la cristiandad.

En la segunda mitad del siglo XVI, llegó a su fin la época de la Reforma, quedando permanentemente dividida la cristiandad. El punto en el cual se detuvo el proceso de cambio ciertamente difiere en los diversos países: en Alemania, fue la Paz Religiosa de Augsburgo, en 1555; en Inglaterra, el acta isabelina, en 1559; en Francia, el fin de las Guerras de Religión y el Edicto de Nantes, en 1598; y en Holanda, en cambio, las decisiones vitales se tomaron en el curso de una lucha de cuarenta y dos años contra España, entre 1567 y 1609.

Sin embargo, para la Europa católica como un todo, el Concilio de Trento marca el punto crítico, y la renovación del catolicismo se encontraba ya muy avanzada cuando llegó a su fin el Concilio, en 1563 y 1564. Esta renovación religiosa tiene doble importancia: en primer lugar, creó los ideales espirituales, así como las normas teológicas y la administración eclesiástica del catolicismo moderno, y en segundo lugar inspiró las nuevas formas de cultura humanista o posthumanista, conocidas en general como el Barroco, que llegaron a predominar en el siglo XVII. En estos dos aspectos, constituyó un movimiento internacional vinculado con todas las diversas tradiciones religiosas que ya habían comenzado a manifestarse a comienzos del siglo, especialmente en España e Italia.

> ESTA OBRA DE REFORMA MORAL Y ESPIRITUAL ES EN CIERTO SENTIDO LA CONTRAPARTE DE LA REFORMA NÓRDICA, PREOCUPADA TAMBIÉN DE LA «INTERIORIZACIÓN» DE LA RELIGIÓN E INSPIRADA POR UN ESPÍRITU SEMEJANTE DE ACTIVISMO MORAL EN UNA BÚSQUEDA CENTRADA SOLAMENTE EN EL ÚNICO FIN PARA EL CUAL FUE CREADO EL HOMBRE.

En primer lugar, existió el movimiento del humanismo cristiano, representado tanto por los seguidores de Erasmo en el Norte como por los platónicos cristianos en Italia. Esta tradición fue la fuente o una de las fuentes del renacimiento de los estudios cristianos, que renovó el estudio de la teología, la patrística y la historia eclesiástica en los cien años trascurridos entre 1560 y 1660, y además tuvo una influencia profunda en las literaturas vernáculas, como la obra de Fray Luis de León, por ejemplo.

En segundo lugar, existió la tradición del misticismo y pietismo italianos, que sobreviviera durante toda la época del Renacimiento. Estaba presente la tradición de San Francisco, mantenida o renovada por San Bernardino de Siena en el siglo XV y por los capuchinos en el siglo XVI. Y tenía su nueva expresión en la vida de San Felipe Neri, quien mantenía en la época de la Contrarreforma y en su nuevo instituto del Oratorio Romano los elementos humanistas de las tradiciones espirituales italianas.

En tercer lugar, existió la tradición del misticismo español, que surgió entre los franciscanos españoles en la primera mitad del siglo XVI. En la segunda mitad del siglo, alcanzó su máximo desarrollo en las vidas y escritos de Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, llegando a ser así uno de los elementos predominantes de la renovación católica.

A comienzos del siglo XVII, esta tradición fue introducida en Francia por la orden de la Refor-

ma Carmelita, y allí contribuyó al desarrollo de la renovación espiritual francesa, que produciría frutos de gran riqueza en el curso de las dos generaciones siguientes.

Con todo, este movimiento místico fue sólo un aspecto de la vida religiosa española. El siglo XVI fue la época española de mayor grandeza. Se presenció una extraordinaria explosión de energía nacional en casi todos los campos, tanto en el ámbito secular como religioso. Para un observador contemporáneo, el genio español debe haber parecido más bien activo que contemplativo, y más dinámico que místico, y así parecía ocurrir en los asuntos tanto religiosos como seculares. En realidad, la mayor contribución de España a la renovación católica fue el nuevo dinamismo moral que introdujo en el mundo eclesiástico, paralizado desde hacía mucho tiempo por las fuerzas en conflicto del conservadurismo y la reforma, los intereses creados de una oligarquía clerical y las ambiciones predatorias de los príncipes seculares.

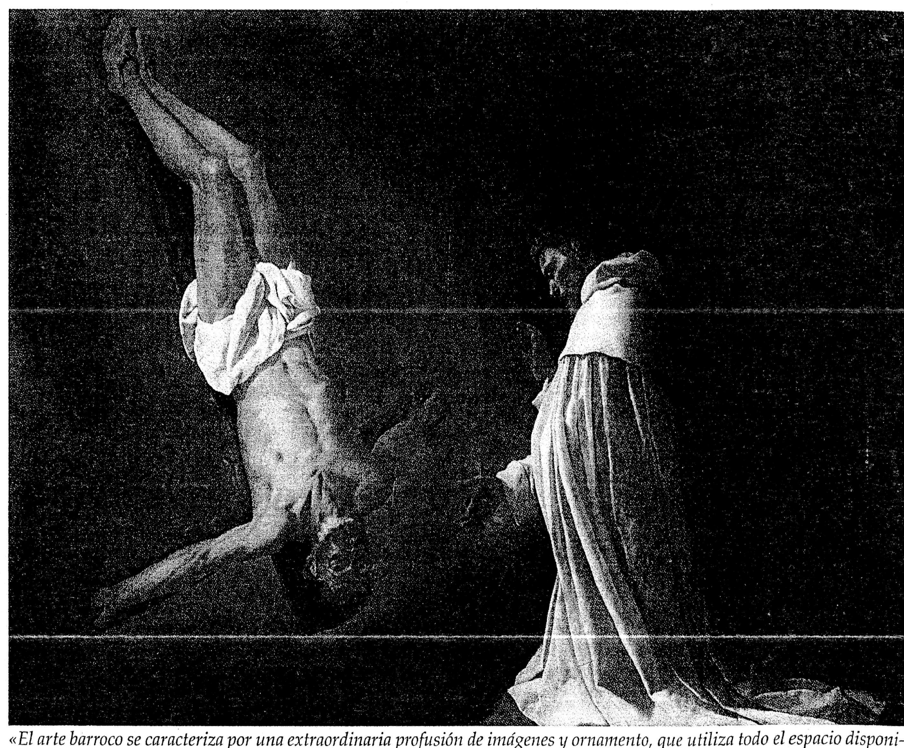
Los ejemplos clásicos de este dinamismo moral fueron San Ignacio y la Compañía de Jesús. Como ya he señalado, encuentra una expresión muy clara en el libro de los *Ejercicios Espirituales*.

En la Europa católica, esta renovación religiosa, también en sus formas ascéticas y místicas, llevó a un cultivo intensivo de la vida espiritual del individuo tanto entre los laicos como en el clero, lo cual dio origen a un requerimiento de guía individual o dirección espiritual, que llegó a ser uno de los rasgos característicos del catolicismo con posterioridad a la Reforma. También en este aspecto los jesuitas tuvieron un rol importante en el nuevo desarrollo, con sus retiros, que a diferencia de los actuales, normalmente se ofrecían más bien a individuos que a grupos, y con la atención especial dedicada a la teología moral y pastoral en su enseñanza. Ahora bien, además de los jesuitas, San Felipe Neri se dedicó desde el comienzo a esta tarea, de tal manera que en el curso de su larga vida el Oratorio Romano llegó a ser uno de los grandes centros de renovación de la vida religiosa entre los laicos. Pero tal vez el director espiritual más famoso de la época fue San Francisco de Sales, el obispo católico de Ginebra, al menos en aquellas partes de la vieja diócesis que todavía se encontraban en Saboya. Siendo al mismo tiempo un humanista, un místico y un activo reformador, fue el gran conductor de la restauración del catolicismo en Saboya, y así su abundante correspondencia renovación católica.

Esta obra de reforma moral y espiritual es en cierto sentido la contraparte de la Reforma Nórdica, preocupada también de la «interiorización» de la religión e inspirada por un espíritu semejante de activismo moral en una búsqueda centrada solamente en el único fin para el cual fue creado el hombre.

En todo caso, en casi todos los demás aspectos los dos movimientos eran totalmente opuestos entre sí, por cuanto el católico destacaba precisamente los elementos de la tradición cristiana rechazados por los protestantes: la unidad visible de la Iglesia, la autoridad de la jerarquía, la gracia de los sacramentos y la veneración de los santos. Mientras los reformadores protestantes destruían los monasterios y abandonaban el ideal de la vida monástica, los reformadores católicos encontraban su centro de acción en las nuevas órdenes religiosas creadas por ellos. Por consiguiente,

(La Gloria de San Ignacio. Iglesia del Gesu, Roma)



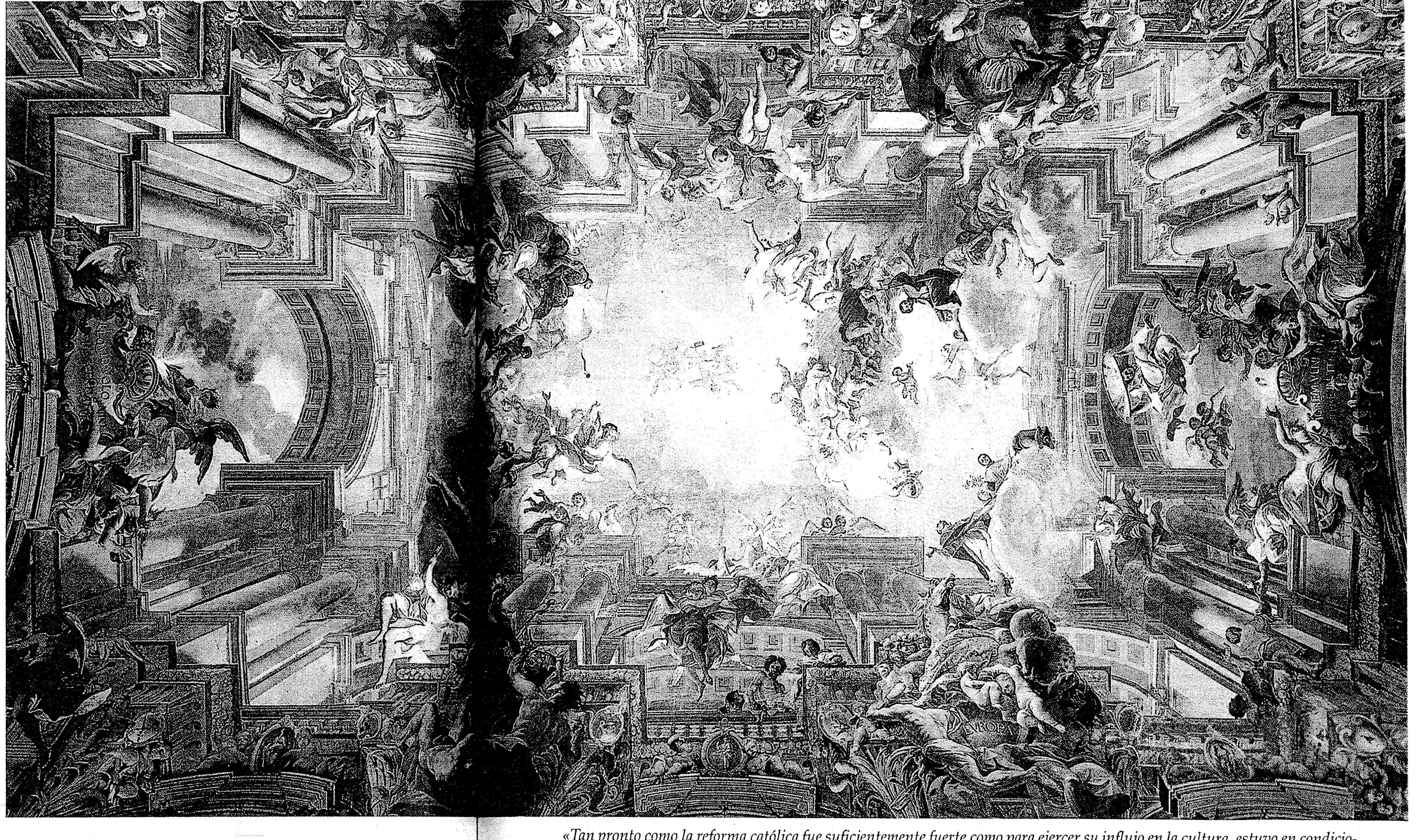
«El arte barroco se caracteriza por una extraordinaria profusión de imágenes y ornamento, que utiliza todo el espacio disponible y convierte a cada iglesia en un tesoro de simbolismo religioso. Así, también en la pintura, después de la serenidad de Rafael y el exuberante paganismo de Corregio, encontramos el fuego oscuro y el éxtasis ascético de los maestros españoles El Greco, Ribera y Zurbarán». (Obra de Francisco Zurbarán).

tan pronto como la reforma católica fue suficientemente fuerte como para ejercer su influjo en la cultura, estuvo en condiciones de continuar con la vieja tradición medieval de la religión popular e incorporar una vez más las imágenes e ideas católicas en las nuevas formas artísticas desarrolladas por el Renacimiento. De este modo surgieron las nuevas formas de la cultura barroca, que rápidamente trascendieron los límites de los países mediterráneos, extendiendo su influencia en la totalidad del mundo católico.

EN CASI TODOS LOS DEMÁS ASPECTOS LOS DOS MOVIMIENTOS ERAN TOTALMENTE OPUESTOS ENTRE SÍ, POR CUANTO EL CATÓLICO DESTACABA PRECISAMENTE LOS ELEMENTOS DE LA TRADICIÓN CRISTIANA RECHAZADOS POR LOS PROTESTANTES: LA UNIDAD VISIBLE DE LA IGLESIA, LA AUTORIDAD DE LA JERARQUÍA, LA GRACIA DE LOS SACRAMENTOS Y LA VENERACIÓN DE LOS SANTOS.

A pesar de su gran importancia histórica, la cultura barroca no ha sido objeto de gran comprensión o aprecio de parte de los historiadores modernos, en gran medida a causa de sus prejuicios o limitaciones de orden religioso o nacionalista. El propio término barroco tenía un sentido peyorativo entre los clasicistas rigurosos y los hombres del renacimiento gótico. Ciertamente, el hecho de llamarlo «Contrarreforma» sugiere inevitablemente que era un movimiento negativo y retrógrado, en oposición a la corriente del progreso. No obstante, la cultura ba-

rroca fue enormemente productiva: en el arte, en la literatura, en la música.
Enfocada desde la perspectiva nórdica y protestante, la cultura barroca aparece como una versión secularizada del catolicismo medieval; desde su propio punto de vista, sin embargo, representa más bien la desecularización del Renacimiento y la reafirmación del poder de la religión y la autoridad de la Iglesia en la vida social. Todos los recursos del arte, la arquitectura, la pintura, la escultura, la literatura y la música fueron puestos al servicio del catolicismo, y si bien el resultado parece teatral y engañoso para el nórdico, esto no se debió a una carencia de espiritualidad. Era, en todo caso, una espiritualidad distinta. Era una espiritualidad apasionada, extática, mística, que tiene poco en común con el sobrio pietismo del norte protestante; pero era intensamente vital, como lo vemos en las vidas y escritos de los santos y místicos españoles del siglo XVI, que iniciaron el gran movimiento del misticismo barroco extendido en la Europa católica durante la primera mitad del siglo XVII.
La cultura barroca representa la alianza de dos tradiciones: la tradición humanista del Renacimiento y la tradición del catolicismo medieval, tal como fuera renovado o restaurado por la Contrarreforma. Estas tradiciones suelen considerarse contradictorias, pero se agruparon en la cultura barroca, constituyendo cada una de ellas un importante aporte para la misma.
Durante el período anterior, los esfuerzos de los humanistas se habían dedicado a la recuperación de la literatura y el estudio de los clásicos y a la restauración de la antigua educación de las artes liberales en un plano de erudición más elevado. Del mismo modo, en el arte hubo un movimiento paralelo con el fin de volver a los modelos clásicos y revivir sus formas. En ambos casos hubo gran énfasis en la imitación del pasado clásico y un rechazo igualmente fuerte de la tradición de la Alta Edad Media.
En la segunda mitad del siglo XVI, estas dos causas triunfaron, al menos en el sur de Europa, y el principal problema consistía en encontrar la forma de aplicar la nueva educación y las nuevas formas de arte a las necesidades de la sociedad de la época, sobre todo de la Iglesia contemporánea, que en ese momento era la gran educadora y principal patrocinadora de las artes, no menos que en la Edad Media.
Sin embargo, a pesar de esta reacción contra la Edad Media, es imposible dejar de reconocer que el arte barroco está más emparentado con el arte de la Edad Media que con el idealismo racional del Renacimiento clásico. De hecho, expresaba el espíritu gótico mediante formas clásicas. El arte barroco no sólo cumplía las mismas funciones religioso-sociales y empleaba el



«Tan pronto como la reforma católica fue suficientemente fuerte como para ejercer su influjo en la cultura, estuvo en condiciones de continuar con la vieja tradición medieval de la religión popular e incorporar una vez más las imágenes e ideas católicas en las nuevas formas artísticas desarrolladas por el Renacimiento». (Bóveda de la iglesia romana de San Ignacio)

mismo simbolismo religioso de la Edad Media. Se asemeja a la arquitectura gótica, sobre todo al gótico flamígero de la Baja Edad Media, en su tentativa de trascender los límites de la materia y el espacio mediante la movilidad de la línea y un esfuerzo incansable por alcanzar lo infinito. Esta tentativa produjo una ruptura con las líneas fijas y la racionalidad estricta de la arquitectura clásica mediante el uso atrevido de amplias curvas, vastas proporciones y agudos contrastes de luz y sombra. Del mismo modo, se caracteriza por una extraordinaria profusión de imágenes y ornamento, que utiliza todo el espacio disponible y convierte a cada iglesia en un tesoro de simbolismo religioso. Así, también en la pintura, después de la serenidad de Rafael y el exuberante paganismo de Corregio, encontramos el fuego oscuro y el éxtasis ascético de los maestros españoles El Greco, Ribera y Zurbarán.

EL HECHO DE LLAMARLO «CONTRARREFORMA» SUGIERE INEVITABLEMENTE QUE ERA UN MOVIMIENTO NEGATIVO Y RETRÓGRADO, EN OPOSICIÓN A LA CORRIENTE DEL PROGRESO. NO OBSTANTE, LA CULTURA BARROCA FUE ENORMEMENTE PRODUCTIVA: EN EL ARTE, EN LA LITERATURA, EN LA MÚSICA.



(*Trasverberación de Santa Teresa, por Bernini*)

Así, el siglo XVII presenció el surgimiento de un nuevo arte religioso, que en la medida en que llegó a ser el lenguaje artístico de la época de la Iglesia, representaba una popularización de la tradición más aristocrática del Renacimiento y moldeaba el gusto popular del mundo católico desde México y Perú hasta Hungría y Polonia. Su predominio es especialmente marcado en el sur de Alemania y Austria, donde hubo un gran renacimiento de la arquitectura eclesiástica después de la guerra de treinta años, de tal manera que el estilo barroco es tan universal y típico de las iglesias y monasterios de Europa central como lo fuera el estilo gótico en Inglaterra y Francia durante la Alta Edad Media.

A PESAR DE ESTA REACCIÓN CONTRA LA EDAD MEDIA, ES IMPOSIBLE DEJAR DE RECONOCER QUE EL ARTE BARROCO ESTÁ MÁS EMPARENTADO CON EL ARTE DE LA EDAD MEDIA QUE CON EL IDEALISMO RACIONAL DEL RENACIMIENTO CLÁSICO. DE HECHO, EXPRESABA EL ESPÍRITU GÓTICO MEDIANTE FORMAS CLÁSICAS.

Por tanto, el período barroco creó una nueva unidad cultural basada, al igual que en la Edad Media, en un fundamento religioso; pero ya no tenía carácter generalizado, procediendo esta vez de un foco mediterráneo en vez del centro medieval del norte de Francia. No hubo un movimiento similar en la Europa protestante, debido al divorcio del arte y la religión, y en la medida en que el estilo renacentista penetró en el norte de Europa, conservó la tradición más clásica del Renacimiento temprano.

Sin embargo, en la literatura y la pintura, la cultura barroca tuvo un alcance casi europeo, extendiéndose también en el norte de Europa mediante la influencia de las cortes, que eran ahora, con excepción de Holanda, las grandes patrocinadoras del arte y la cultura. Esta cultura cortesana ciertamente no podía incidir en la vida de toda la nación como lo hiciera el arte popular y religioso de la Edad Media. Era privilegio de una minoría selecta; pero dentro de este estrecho círculo se apreciaba intensamente el logro artístico, y el genio individual tenía más posibilidades de reconocimiento que en cualquier época anterior. Hombres como Rubens y Velázquez no necesitaron luchar por la mera subsistencia y pasaron toda la vida en triunfante ejercicio de su arte. Bernini, sobre todo, mantuvo durante toda su vida una situación que en la actualidad sólo podría alcanzar una estrella de cine o un magnate de los periódicos.

Con todo, hubo un punto de convergencia entre la influencia de la corte y la del grueso público, generándose un gran arte popular: el drama renacentista, y tanto en Londres como París y Madrid la época produjo un florecimiento del genio dramático comparable únicamente con el gran período del drama ático. El propio Shakespeare era un genio del barroco, y por más que parece trascender las limitaciones de su generación, sólo puede comprenderse cabalmente como un brote de la misma época y cultura que produjeran a Campanella, Galileo, Lope de Vega y Cervantes, esa época que se expresó a sí misma en piedra en la gran columnata de Bernini, en la Plaza de San Pedro. Difícilmente podría considerarse el desarrollo de las literaturas nacionales europeas en la poesía y la prosa de menor importancia que el drama. Fue la época de los grandes ensayistas, de las filosofías populares del mundo educado, con Montaigne, Bacon y Quevedo, con Cervantes, fundador de la novela moderna, tal vez quien más se acerca en genialidad a Shakespeare entre todos los hombres de su época. En la poesía, además de los grandes nombres, como Tasso y Spenser, Milton y Vondel, se encuentra una serie de poetas líricos. Entre éstos, algunos de los más famosos, como Marini y Góngora, eran barrocos en el sentido peyorativo del término, desfigurados por un ornamento engañoso y fantásticos conceptos verbales; pero en la mayoría de ellos, poetas como Donne y Crashaw, Luis de León y Juan de la Cruz, Scheffler y Von Spee, encuentra expresión el espíritu más hondo de la época, con la profundidad de su pensamiento y emoción mística.

Tampoco se agota en todo esto la creatividad de la época, que también vio los comienzos de la música moderna, por cuanto la cultura barroca no sólo creó un nuevo arte religioso, sino también una nueva música de iglesia, que encontró su mayor exponente en Palestrina. Este nuevo arte se desarrolló en contacto especialmente íntimo con la Contrarreforma, y a San Felipe Neri, amigo de Palestrina –antepasado remoto de la ópera italiana– se debió el establecimiento del oratorio.

EL SIGLO XVII PRESENCIÓ EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO ARTE RELIGIOSO, QUE EN LA MEDIDA EN QUE LLEGÓ A SER EL LENGUAJE ARTÍSTICO DE LA ÉPOCA DE LA IGLESIA, REPRESENTABA UNA POPULARIZACIÓN DE LA TRADICIÓN MÁS ARISTOCRÁTICA DEL RENACIMIENTO Y MOLDEABA EL GUSTO POPULAR DEL MUNDO CATÓLICO DESDE MÉXICO Y PERÚ HASTA HUNGRÍA Y POLONIA.



(*Obra de Aleijadinho. Congonhas, Brasil*)

En ninguna parte se desplegaron de mejor manera la vitalidad y fecundidad de la cultura barroca que en México y Sudamérica, donde hubo un rico florecimiento de tipos regionales de arte y arquitectura, algunos de ellos dotados de considerable influjo nativo indígena. Esta capacidad de la cultura barroca de asimilar influencias ajenas es uno de sus rasgos característicos y la distingue marcadamente de la cultura y el estilo artístico del área angloamericana.

Es extraordinario el volumen mismo de logros concretos de la cultura barroca española en América: decenas de catedrales, centenares de monasterios, miles de iglesias parroquiales, en gran parte ricamente adornados con escultura, pintura y trabajo en metal. Toda esta actividad artística es expresión de un gran esfuerzo cultural, que también tuvo aspectos intelectuales y religiosos, como la fundación de universidades y las vidas de los grandes misioneros y santos, por ejemplo[1].

1 Para una visión del arte barroco en América Central y del Sur, es indispensable el estudio ricamente ilustrado de Pal Kelemen, titulado *Baroque and Rococo in Latin America* (El Barroco y el Rococó en Latinoamérica) (Nueva York, Macmillan, 1951).



(Cuzco. Colegio e iglesia de la compañia de jesus)

Nada de esto fue en el pasado objeto de la debida atención de los historiadores de la cultura y el arte. Solamente en nuestros días se han hecho tentativas encaminadas a registrar, proteger o recuperar los monumentos que sobreviven.

La causa de este descuido es en parte el insuficiente aprecio por la cultura barroca y todas sus obras durante el siglo XIX, pero más aún la catastrófica interrupción del desarrollo cultural que se produjo a raíz de las guerras de la independencia y la separación de Iberoamérica y España. Ciertamente, la cultura barroca de Iberoamérica no era puramente colonial; era una cultura sumamente centralizada y jerárquica, cuyo ímpetu provenía enteramente de dos centros, la Iglesia y el Estado. Todo el edificio cultural era sostenido por un intenso esfuerzo de voluntad de parte de una clase gobernante muy pequeña, y al quebrarse este esfuerzo debido a circunstancias históricas, todo el edificio se sacudió desde lo alto hasta el fondo. Los criollos (españoles nacidos en América) no estaban en condiciones de seguir adelante con la obra porque eran esencialmente intermediarios entre los gobernantes y la población de súbditos. Los grandes virreinatos de México y Perú eran realmente estados indígenas bajo un gobierno autoritario paternalista europeo.

Sin embargo, esto no implica que la cultura barroca americana haya sido una reproducción mecánica y artificial de un original extranjero. La cristiandad penetró muy profundamente en este nuevo entorno americano, y existió una verdadera colaboración entre los elementos europeos e indígenas, ciertamente mucho mayor que en la arquitectura y el arte de la Iberoamérica independiente del siglo XIX. Además, con el predominio de la Iglesia y la influencia de las órdenes religiosas, hubo una inmigración de individuos excepcionales a América: misioneros, santos y eruditos como Las Casas, San Pedro Claver, Bl. Álvarez de Paz, Santo Toribio Alfonso Mogrovejo, que fue Arzobispo de Lima; el Arzo-bispo Zumárraga de México, el místico laico Gregorio López, Bernardino de Sahagún, historiador de los aztecas, y muchos otros. El estímulo de esta élite espiritual ejerció un profundo influjo en América y explica la repentina y casi milagrosa expansión de la cultura barroca entre los siglos XVI y XVIII.

Pero esta cultura aún estaba viva y productiva en la víspera de su caída. Tanto en México como en el Brasil portugués, parte del arte y arquitectura más originales pertenecen a las últimas décadas de la época colonial.

Y fue el barroco tardío, parte del mismo incluso del siglo XIX, lo que llevaron los misioneros españoles hacia el norte, a Florida, Texas, Nuevo México y California.

A pesar de este colapso prematuro del desarrollo del Barroco de la cultura cristiana en América, el movimiento conserva su importancia histórica. También en Estados Unidos, en todo el oeste y el extremo del sudeste, las huellas de esta cultura subyacen en los orígenes de la civilización estadounidense contemporánea, de Florida a Texas y de Nuevo México al Pacífico, extendiéndose hacia el norte hasta converger con el movimiento misionero católico francés paralelo, que se expandió hacia el sur y el oeste desde Canadá. Y considerando el grado extremo de dispersión de la colonización y la gran escasez de población, es notable la gran magnitud de los logros obtenidos por un pequeño número de hombres extraordinarios, como Kino y Junípero Serra, en las zonas fronterizas españolas y por los misioneros y mártires jesuitas de Canadá.

LA CRISTIANDAD PENETRÓ MUY PROFUNDAMENTE EN ESTE NUEVO ENTORNO AMERICANO, Y EXISTIÓ UNA VERDADERA COLABORACIÓN ENTRE LOS ELEMENTOS EUROPEOS E INDÍGENAS, CIERTAMENTE MUCHO MAYOR QUE EN LA ARQUITECTURA Y EL ARTE DE LA IBEROAMÉRICA INDEPENDIENTE DEL SIGLO XIX.

En Canadá, el esfuerzo por crear una cultura cristiana americana que incluyese a la población indígena no fue menos intenso que en la América hispana; pero las condiciones materiales eran muchísimo más difíciles y el medio ambiente aún más duro y desfavorable que en las colonias puritanas de Nueva Inglaterra. El heroísmo de los misioneros y mártires jesuitas como San Isaac Jogues y Jean de Brebeuf no bastaba para superar la feroz resistencia de los iroqueses, que destruían una y otra vez la obra. La base económica de la colonia era el comercio del cuero, que penetró a gran distancia en el Oeste y condujo al descubrimiento del interior del continente; pero esta economía no proporcionaba una base para la creación de una cultura estable. Con todo, la calidad del material humano era excepcionalmente grande. Todo lo mejor de la gran época de la espiritualidad francesa –los amigos del Cardenal de Berulle, San Vicente de Paul, M. Olier y M. de Bernieres– cooperó en la obra. Mme. Martín, conocida normalmente como Marie de l'Incarnation, se encuentra entre los más grandes místicos franceses y Bossuet la llamaba Santa Teresa del Nuevo Mundo. Ella pasó su vida en el Convento de las Ursulinas de Québec, donde escribió esas notables cartas a su hijo, Dom Martín, O.S.B., que se encuentran entre los documentos más interesantes del siglo XVII en América.

A primera vista, parece un desperdicio el hecho de que un material humano tan extraordinario se haya ocupado en un suelo tan estéril, con grandes místicos educando a pequeños hurones o el hermano mayor de Fénelon viviendo con maíz machacado en wigwams indígenas; pero las bases que se establecieron fueron mucho más firmes que en otros lugares del mundo.

Humanitas No 33, 2004. p 110 - 119.
↳ Christopher Dawson